

Cuando aparecieron los cartuchos, temblaron los más valientes y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos.

Muchos tenían pólvora, y se pusieron á hacer más con las balas que se estaban fundiendo en el bodegón.

En cuanto al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte cerca de la puerta; y se guardó en reserva.

El toque de llamada que recorría todo Paris no cesaba, pero había acabado por no ser más que un ruido monótono del que nadie hacía caso; un ruido que se aproximaba, ó se alejaba, con lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos á la vez, sin precipitación, con gravedad solemne.

Enjotrás colocó tres centinelas fuera de las barricadas; uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la calle de Predicadores, y el tercero en la esquina de la Petit-Truanderie.

Construidas las baricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, colocados los centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, y como muertas, donde no palpitaba el menor movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba ya en medio de aquella obscuridad y de aquel silencio en que se sentía avanzar algo que tenía cierto sabor trágico y terrorífico, aislados, armados, resueltos, y tranquilos, esperaron.

VI

Esperando.

Durante aquellas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es preciso decirlo, porque ello pertenece á la historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas; mientras una gran cacerola llena de estaño y plomo fundido para la fabricación de balas, humeaba sobre un hornillo ardiente; mientras los centinelas velaban arma al brazo en la barricada; mientras Enjotrás, á quien nada podía distraer, cuidaba de los centinelas; Combeferre, Courfeyrac, Juan Provairé, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros, buscaron y se reunieron como en los días más pacíficos de sus conversaciones estudiantiles, y en un rincón de aquella taberna convertido en casamata, á dos pasos del reducto que habían construido, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de su silla, aquellos jóvenes, tan próximos á una hora suprema, se pusieron á entonar versos amorosos. ¿Qué versos? Hélos aquí:

¿Te acuerdas tú de aquella dulce vida,
Cuándo tiernos y jóvenes los dos,
Sin agitar el pecho otras envidias
Que del bien parecer y del amor;

Que sumando tus años á los míos
La suma á los cuarenta no alcanzó,

Y que en nuestra morada, dulce nido,
En primavera, invierno se trocó?

¡Oh, qué tiempos! Manuel sabio y valiente,
París santos banquetes celebraba,
Foy lanzaba sus rayos, y en tu berta
Había un alfiler que me pinchaba.

Todos te contemplaban. Yo abogado
Sin pleitos, á comer te convidaba
Al Prado, y tú estabas tan hermosa
Que por verte sus flores se agitaban.

Yo las oí decir: ¡Cuánta hermosura!
¡Cómo perfuma su cabello el aire!
Bajo su manteleta alas esconde,
Es su sobre la corona de angel.

Vagábamos los dos unidos siempre,
Y las gentes pensaban al mirarnos
Que el amor en nosotros desposaba
El tierno abril con el florido mayo.

Saboreando solos, sin testigos,
Aquel fruto dulcísimo vedado,
Nunca mi boca formuló un deseo
Que por tu corazón fuera negado.

Fué la Sorbona el sitio donde siempre
Te adoraba la noche y la mañana,
Que es así como una alma tierna aplica
Su latin amoroso sobre el mapa.

Cuando en el cuarto aquel la primavera
¡Oh plazas de Maubert y del Delfín!
Alisabas tu media transparente,
Un astro vislumbraba en el confín.

Mucho leí á Platón, y ya nada me falta
Mejor que Lomennais y que Malebranche.
Tú la bondad celeste me mostrabas
Con una flor que me quisieras dar.

Te obedecía yo, y estabas tú sumisa.
¡Oh dorado desván! donde desenlazaba
Tus cintas, contemplándote en camisa
En el espejo en que te retratabas.

¡Y quién nunca podrá echar en olvido
De aquellos tiempos la lucida aurora,
De cintas y de flores y de rizos
En que hablaba el amor su lengua hermosa.

Era nuestro jardín de un tiesto el tulipán;
Tú los vidrios cubrías con tu lindo jubón;
Y la cuenca de arcilla yo solía tomar
Cediéndote la taza de piedra del Japón.

¡Y aquellas grandes penas que solía causarnos
El ver tu boa perdido, quemado tu manchón!
¡Y aquel bello retrato del divino Shakespeare
Vendido cierto día para una colación!

Era yo mendicante y tú caritativa,
Besé de agradecido tu mano tersa y blanca;
Dante in folio, ¿te acuerdas? de mesa nos servía
Para cenar alegres unas cuantas castañas.

Cuando por vez primera en mi desván alegre
Fundí un beso de fuego, de tu labio al calor,
Al verte despeinada, ruborosa la frente,
Palidecí, creyendo desde luego en Dios.

¿Recuerdas nuestras dichas, sin número, infinitas,
Y los pañuelos rotos en mil y mil girones?
¡Ay, sí! ¡cuántos suspiros que al cielo de las dichas
Volaron desde el fondo de nuestros corazones!

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban á brillar en el cielo, el triste reposo de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un encanto patético á estos versos, murmurados á media voz en el crepúsculo por Juan Provoire, que, según hemos dicho ya, era un tiernísimo poeta.

Y todos aquellos jóvenes saboreaban aquel rato de delicia contemplativa como en los felices días en que se reunían sin zozobra en la apartada sala del café Musain.

La preocupación política huía ante la fantasía de la juventud sentimental.

Entre tanto, se había encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de esas hachas que el martes de carnaval se ven precediendo á los coches cargados de máscaras que van á la Courtille.

Estas luminarias, como hemos dicho, venían del arrabal de San Antonio.

Habían metido la antorcha en una especie de jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrirla del viento, y arreglada de modo que toda la luz diese sobre la bandera.

La calle y la barricada quedaban en la obscuridad, y no se veía más que la bandera roja formidablemente iluminada como una enorme linterna sorda.

Esta luz extendía sobre la escarlata de la bandera un tinte de púrpura terrible.

VII

Un hombre reclutado en la calle de Billettes.

La noche había ya caído por completo; nadie se acercaba.

No se oían más que rumores confusos, y por instantes descargas, pero raras, débiles y lejanas.

Este plazo, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas.

Estos cincuenta hombres esperaban á sesenta mil.

Enjolrás se sentía dominado por esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los grandes sucesos.

Fué á buscar á Gavroche que se había puesto á hacer cartuchos en la sala baja, á la dudosa claridad de dos velas colocadas sobre el mostrador, por precaución á causa de la pólvora esparcida sobre las mesas.

Además, los insurrectos habían tenido buen cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche en aquel instante estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja, y había ido á sentarse junto á la mesa menos alumbrada.

Habíale tocado un fusil de munición del mejor modelo, que sostenía entre ambas piernas.

Gavroche, hasta entonces distraído por mil cosas "divertidas," no había ni aún reparado en aquel hombre.

Cuando entró le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y después, en cuanto el hombre se sentó, se levantó el pilluelo repentinamente, como impulsado por una idea extraña.

Los que hubieran observado á aquel hombre hasta aquel momento, le habrían visto espiarlo todo en la barricada y en el grupo de los insurrectos con singular atención; pero desde que entró en la sala se sumergió en el recogimiento, y parecía no ver nada de lo que pasaba.

El pilluelo se aproximó á aquel hombre pensativo, y empezó á dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno.

Al mismo tiempo en su rostro infantil, á la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan: ¡Ah! ¡Bah!... ¡No es posible!... ¡Tengo telarañas en los ojos!... ¡Delirio!... ¿Será él?... No, no es... ¡Pero sí! ¡Pero no! etc., etc.

Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, agitaba el cuello como un pájaro, y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior.